

In memoriam

Rafael Alvira (1942-2024)

Todos los que lo conocíamos sabíamos que Rafael no estaba bien, fundamentalmente como consecuencia de una muy fuerte infección de COVID que a duras penas pudo superar, aunque seguía dando conferencias y disertaciones –hace poco vi por *zoom* una especialmente atractiva lección de filosofía política dictada en la Universidad Villanueva de Madrid– pero confiábamos en su recuperación y rogábamos por ello. Pero esta confianza –un poco ilusoria– hizo más profundo el dolor que nos invadió al enterarnos de su paso definitivo, el pasado 4 de febrero de 2024.

Conocí a Rafael Alvira en Mendoza, en la Argentina, una vez que vino a dar un curso de filosofía política en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Cuyo (Cuyo es una región a la que pertenece la provincia de Mendoza) y fuimos en el auto de Miguel Verstraete, decano de la Facultad citada y otro gran cultor de la amistad universitaria, a la Laguna de los Horcones, al pie del Aconcagua, que se refleja nítidamente en ella, mientras los cóndores cruzan el espacio volando sin aletear. En ese paseo, ante todo me dedicó el primer libro suyo que había leído, *La noción de finalidad*, y lo hizo con mucho afecto; pero lo más importante es que iniciamos en ese viaje una entrañable amistad que, como dice el Estagirita, «es lo más necesario para la vida» y hace a los hombres «más capacitados para pensar y actuar».

A partir de ese momento, nos hicimos incondicionalmente amigos y nos veíamos bastante seguido en Pamplona, en México y sobre todo en Mendoza, ya que Rafael viajó, por razones académicas, tres veces a la Argentina y siempre pasó por Mendoza (también recibió el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Montevideo). Pero además del curso ya mencionado, participó aquí de unas Jornadas sobre política, derecho y ecología organizadas por la Universidad de Mendoza y de un Simposio sobre el pensamiento de Leo Strauss, otra vez en La Universidad de Cuyo. En todos esos casos puso en evidencia no solo sus múltiples conocimientos filosóficos y sino su enorme capacidad de reflexión estrictamente personal sobre los temas centrales de la filosofía y su inmensa aptitud para la comunicación interpersonal de las ideas. Porque Alvira, a pesar de enmarcarse decididamente en los parámetros del pensamiento clásico (siempre se consideró seguidor de Platón más que de Aristóteles, lo que yo siempre impugnaba), nunca se limitó a repetir las ideas de otros autores, por encumbrados que estos fueran, sino que siempre sacó de

ellos más de lo que textualmente decían y lo enriqueció y sistematizó de modo relevante y literariamente atractivo. Además, ambos nos considerábamos discípulos de Antonio Millán-Puelles, a quien yo había conocido en mi infancia en Mendoza y de quien ambos habíamos aprendido en nuestra juventud los fundamentos y las líneas generales de la filosofía realista.

Poco tiempo después de su primer viaje a Mendoza, en unas Reuniones Filosóficas de la Universidad de Navarra, me presentó al insuperable Robert Spaemann y a varios filósofos notables más, con los que mantuve un contacto de años, con enorme provecho, en especial para mí. También Rafael Alvira fue quien prologó un libro mío editado en 2019 por Rialp con el título de *Alternativas de la ética contemporánea. Constructivismo y realismo ético*, en el que se criticaba acerbamente todas las formas del constructivismo contemporáneo y se defendían las nuevas versiones del realismo filosófico, inaugurado en su momento por el maestro de Alejandro.

En ese prólogo, sostenía nuestro amigo, de modo coherente con su firme convicción de la continuidad entre la ética, el derecho y la política, que «el derecho desligado de su referencia ética adecuada pierde todo su valor. El quicio de la ética es la justicia, y un derecho que no la tiene en cuenta de manera esencial no puede ser más que una técnica que sirve para reforzar el poder injusto». Y más adelante concluía que «el auge actual del constructivismo coloca a la sociedad en una situación imposible. Si no hay nada por encima de los seres humanos que los una, toda unión entre ellos es un contrato de tregua o de sumisión. No hay más razón que el *poder* y las justificaciones que este pueda ofrecer tienen siempre por fin conservarse o aumentarse».

Esta visión humanista, realista y constitutivamente ética de la política y el derecho que compartíamos activamente con Rafael fue el objeto de extensas e intensas conversaciones entre nosotros que, al menos de mi parte, significaron un notable enriquecimiento intelectual y personal y vigorizaron nuestra amistad por décadas. Pero además, ser amigo de Rafael significó no solo un crecimiento intelectual y humano, sino que fue motivo de una satisfacción espiritual enorme, ya que –nuevamente según el Estagirita– «la amistad es no solo necesaria, sino también hermosa», y además, «los buenos son agradables sin más y [por lo tanto] buenos para los otros». Conversar con Rafael era, por ello, no solo enriquecedor sino agradable en grado superlativo, como sucede siempre que se está con una persona sabia y buena, y él era ambas cosas de un modo eminente y decisivo.

En definitiva, la amistad con esta persona inteligente, estudiosa y que sabía pensar por su cuenta las verdades de la tradición clásica de occidente (nadie

piensa en profundidad y rigor sino en el marco de una tradición de pensamiento e investigación) hizo mejores personas a todos los que participaron de ella: los ilustró, los entusiasmó con la filosofía, los acercó a sus límites superiores y les dio el ejemplo de una vida dedicada a la búsqueda de la verdad en las cosas, en la conducta y en la vida entera.

Y es por eso que su desaparición deja en todos los que lo conocimos bien una tristeza insondable y una añoranza casi infinita, pero es cierto también que, en los que participamos con él de la convicción de que existe una Trascendencia perfectamente amorosa más allá de toda realidad mundana, ello queda superado con la convicción de que Rafa ya sabe lo que más vale la pena saber, que puede aplicársele propiamente el viejo lema de la Universidad de Oxford y que por lo tanto Dios es ya su Iluminación en su sentido más absoluto.

Carlos MASSINI-CORREAS
Universidad de Mendoza
Universidad Austral

